

CURIOSIDADES VETERINARIAS

ANIMALES BARÓMETROS

Cuando el gato doméstico, enroscado cerca del fuego, se pasa la lengua por las patas y después las patas sobre la cara, se dice que la lluvia está cercana. La fama que tienen los gatos de predecir los cambios de tiempo es digna de consideración y es probable que tenga algo de fundamento, pues no es raro—en verdad—que llueva después de que los gatos se han lavado la cara.

El pelo de los gatos es muy rico en electricidad, de manera que puede creerse fácilmente que el felino perciba las influencias atmosféricas de la misma manera que los que sufren de reumatismo perciben la humedad del aire. Los gatos son animales domesticados sólo hasta cierto punto. Su instinto primitivo se presenta casi incoercible y puesto que para los gatos selváticos las condiciones del clima o el estado de la temperatura deben ser de suma importancia, pues influyen sobre su cacería, es posible que los descendientes de animales salvajes tengan todavía una enorme sensibilidad ante las variaciones atmosféricas.

Los perros son mucho menos sensibles que los gatos. Hay, sin embargo, algunas excepciones. Es conocido el caso de un perro al que se le vio muchas veces enterrando los huesos que se le daban, cuando había amenaza de lluvia, obedeciendo así probablemente a un instinto de ahorrar alimento para los días malos.

También los caballos pueden talvez sentir la lluvia. Adelantan el cuello, olfatean el aire y muestran signos de inquietud. Sin embargo, por ser los caballos tan nerviosos y de temperamento tan mudable no es posible sacar consecuencias prácticas de sus actos.

Cuando los burros rebuznan fuerte y continuamente, los profetas del tiempo predicen la lluvia y probablemente la lluvia viene.

Las vacas, cuando se hallan en pastoreo y amenaza lluvia se acuestan desde la mañana. Hay quien explica este hecho con una razón bastante complicada pero no muy persuasiva: la vaca, al presentir la lluvia, se echaría en tierra con el fin de que permanezca seca la hierba que puede cubrir con su cuerpo; acabada la lluvia se levanta y así puede comer pasto no mojado.

Hay algunos corderos que son magníficos barómetros. Cuando la lluvia está cercana alzan la cola al viento, y cuando la atmósfera se esclarece vuelven al viento la cara. Otro signo de mal tiempo se tiene cuando las vacas en pastoreo se arrinconan, en estado de excitación nerviosa, en un sitio del potrero.

Los animales en estado salvaje son todavía más sensibles a la influencia del tiempo, pero en línea general no previenen el acercarse de la lluvia sino muy pocas horas antes de llover.

Cuando la ardilla pone de una parte las nueces en el principio del otoño no es porque prevea un invierno fuerte y largo sino porque siente el frío cercano. En otras palabras: no es una previsión sino una sensación.

Los pájaros se muestran inquietos; las golondrinas vuelan rasando el suelo, y los pichones vuelven pronto a los nidos. El tordo, que ama mucho la lluvia, chilla alegremente al acercarse ella.

Los peces nadan muy superficialmente; las truchas saltan fuera del agua; los delfines se divierten al rededor de los buques, pues la electricidad atmosférica los hace más vivaces.

Cuando, en fin, en el calor de un hermoso día de verano los faisanes chillan con más fuerza que de costumbre, es porque la tempestad es probable y está cercana.

CABALLOS HISTÓRICOS Y SUS RECUERDOS

Dario, llegado al trono por una estratagema y por méritos de su caballo, como acto de agradecimiento al mismo le hizo erigir una estatua con la siguiente inscripción: «Dario, hijo de Istarco, llegó al trono de Persia por el instinto de su caballo y por la destreza de Ebaroto, su escudero».

A Bucéfalo, que solamente Alejandro Magno pudo dominar y que a su dueño salvó la vida en una batalla, el poderoso Emperador, en señal de reconocimiento y para eternizar su recuerdo, hizo erigir un fastuoso monumento sobre las riberas del Idapsee, en donde Bucéfalo fue enterrado, y en honor del caballo preferido fundó una ciudad que llamó Bucéfala. Se relata por muchos historiadores que Felipe de Macedonia, después de que su hijo Alejandro domó el terrible y salvaje Bucéfalo, exclamó abrazándole: «Hijo mío, búscate otro reino, pues la Macedonia es demasiada pequeña para ser digna de ti».

La historia, sin transmitirnos el nombre, nos ha conservado el recuerdo del caballo que crió Julio César y que el gran general montaba al comienzo de todas las batallas. Los augures predijeron el imperio del mundo al dueño de ese caballo y todos los enemigos de los romanos le tenían un sacro terror. César lo cuidó mucho y, muerto, lo inmortalizó en el bronce, colocando su estatua cerca del templo de Venus.

Incitatus, caballo del Emperador Calígula, fue bestia que por sus cualidades tuvo un tratamiento real más que humano. Fue elevado a

la dignidad sacerdotal y senatorial y hubiera sido también nombrado cónsul si Caligula no hubiese sido asesinado. Incitatus residía en una pesebrera de marfil y comía cebada dorada y vino generoso en un tarro de oro.

El caballo de Augusto fue cantado por Germánico en sus bellísimas poesías.

Diocleciano hizo reproducir en bronce la imagen de su caballo y Lucio Vero en oro la de su predilecto Volucre, al que cuando murió—hizo erigir un monumento sobre la colina vaticana.

Legendario y terrible, como su dueño, fue el caballo de Atila, pues si su dueño fue flagelo de Dios, él fue flagelo de los pastos pues no crecía más la hierba en donde posaba sus cascos.

Terriblemente feroz fue el caballo de Tamerlán, el que en una batalla calmó su sed con sangre humana.

Babieca, terrible, noble e inteligente—digno del gran caballero que fue el Cid Campeador—contribuyó con su valioso compañero y dueño a mantener alto en España el amor a la patria, el heroísmo y el espíritu caballeresco.

Digno de poemas fue también el feroz Bayardo del señor de Montalván, al que la férvida fantasía del poeta atribuyó inteligencia más que humana y a él pueden enfrentarse Brilladoro de Orlando, Frontino de Ruggiero, Rabicano de Astolfo, Batoldo de Brandimarti y Frontalatte de Sacripanti.
